

parece convincente. Orlas y elementos complementarios del mosaico indican una cronología severiana poco relacionable en el tiempo con el *saeculum aureum* commodiano independientemente de su posible persistencia en cuanto ideología y programa. Un *saeculum frugireum* no es un deseo ocasional y sí es permanente, en cuanto anhelos, la serie de esperanzas y ansias que se manifiestan en las divinidades y, especialmente, personificaciones, que aparecen en este mosaico.

Quizás sea este propósito, más que la iconografía, el nexo con el relieve de Afrodisia. De igual modo el propósito «milenarista», en un sentido un tanto diferente al que hoy se le otorga, puede hallarse en el programa político que exhiben las acuñaciones de Filipo el Arabe como, en 1938, la amplia gama de actividades, desde lo filatélico a lo museístico, que se desarrollaron en Italia en ocasión del bimilenario de Augusto y jugando la contraposición *Augustus-Dux* de igual modo que, unos pocos años antes, dos trasatlánticos habían sido «bautizados», respectivamente, como *Augustus* y *Rex*.

Desde hace varios años, aunque en especial durante el último decenio, el profesor Alföldi ha cultivado los análisis de simbolismo religioso-político. Creo que es un campo de investigación que puede convertirse en juego y un juego sumamente peligroso si es ejercitado por ciertos aprendices de brujo. No es tal, como es obvio, el caso del profesor Alföldi cuya ciencia, saber e ingenio le inmunizan de tales peligros pero no olvidemos tampoco en que se convirtió, el montaje ideológico sobre los «Soldatrenkaiser» o los «emperadores ilirios», el *Sol invictus* y otros destilados ideológicos.—ALBERTO BALIL.

PALMELLE, Catherine, *Recueil Général des mosaïques de la Gaule, IV (Aquitaine)-1*, Paris, CNRS, 4.º, 1980, 207 pp., CXXII láms.

Casi ha transcurrido un cuarto de siglo desde la iniciación de esta obra. A la labor de Stern, que dio comienzo a la misma, se han ido sumando una serie de investigadores como la señora Blanchard, Darmon, Lavagne y ahora la señorita Palmelle con la colaboración de Javier Barral en el campo de los mosaicos medievales.

Mucho tiempo ha pasado entre el primer fascículo (1957, reimpresso en 1979) y éste. Las diferencias son notabilísimas pero menos acusadas si, uno a uno, se revisan todos los fascículos. Con todos los inconvenientes que pueda ofrecer el primer fascículo hay que tener en cuenta las diferencias entre lo que se entendía como estudio de un mosaico en 1960 y lo que se entiende hoy por tal. La asociación internacional para el estudio del mosaico antiguo nació en 1963 y es suficiente comparar los dos tomos de actas publicados hasta la fecha para advertir tales diferencias.

Hoy por hoy nos encontramos que no se han publicado los últimos fascículos de los mosaicos de la Gallia Lugdunensis y que la Narbonensis se halla en sus comienzos. Por ello quizás pueda sorprender a algunos que se les haya adelantado este fascículo dedicado a Aquitania. Personalmente no puedo quejarme de ello. Este tomo comprende la zona S. de Aquitania, el «Piémont pyrénéen», y por ello un área cuya vinculación con España no requiere ni necesita comentarios ni explicaciones y sí, en todo caso, su actual administración francesa. Por otra parte el conocimiento de estos mosaicos era difícil y la bibliografía, escasa y en ocasiones raquítica, poco asequible y acompañada de comentarios, verbales, sobre semejanzas entre los mosaicos de Aquitania y los navarros, aragoneses e incluso, en ocasiones, con los de algunos lugares de Cataluña.

Debo decir que tras leer este volumen no veo razones de tales semejanzas. Los mosaicos, en blanco y negro, de Sant Beltrá de Comenges se asemejan a otros del *conventus Tarraconensis* pero la fuente se halla en el Centro-Sur de Italia. Sin saber más de

lo que hoy sabemos de los mosaicos de la Narbonense pudiera pensarse más en Ampurias que en Narbona, aunque no lo creo probable, y, de todos modos, no veo posibilidades de establecer una relación temprana entre los *consorani* y los *caesaraugustani*. El caso de Valentine (en la ortografía giscardiana) es diferente y cabe hablar de una relación pero no N. a S. sino, en lo que conozco, de S. a N. lo cual, habida cuenta de la historia de estos territorios no es sorprendente. Las relaciones aparecen más evidentes en Montmaurin cuyas relaciones con el valle del Ebro parecen evidentes aunque en algún caso se advierten relaciones con la llamada «Escuela del valle del Ródano» e igual se diga de Auriébat o Lalouette. Ciertamente es que hoy no deben creer en tal llamada escuela ni sus propios inventores pues difícil es hablar de una «escuela» regional cuando sus temas se encuentran por igual en Tripolitania o las proximidades de Lisboa. Me parece distinto el caso de los mosaicos de Tarón y Lescar, en parte, pero insuficientes para poder pensar en una «escuela africana».

El conjunto de las villas de Jurançon, en el Bearn y a pocos kilómetros de Pau capital del antiguo reino de Navarra, es muy curioso. Bastará tener en cuenta sus mosaicos de peces aunque éste no sea un tema específicamente mediterráneo y otros pavimentos, como los de Bielle (probablemente Viella) en la zona de Olorón, entren en el grupo de mosaicos con temas de casetones y muestren semejanzas con otros del valle del Ebro... y también de Renania o África...

No cabe comparar este fascículo con el primero de la serie en lo que se refiere a paralelos y bibliografía pero, aunque sólo fuera por la zona estudiada, podía haberse tenido en cuenta la bibliografía española singularmente en el caso de mosaicos de Aragón y Navarra.—ALBERTO BALIL.

CLARKE, John R., *Roman Black-and-White Figural Mosaics. From the First through the Third Centuries A. D.*, Ann Arbor-London, University Microfilms International, 1980, 8.º, XXX-316 pp., 200 figs.

Este libro es una xerocopia, basada en un microfilm, de la tesis doctoral, *Pb. D.*, presentada, y aceptada, en la universidad de Yale en 1973. Mucho deben haber cambiado las cosas en Yale cuando se concedió el grado de doctor con un trabajo como éste. Ciertamente no son los tiempos de Rostovzeff, Baur o Welles. Tampoco se comprende muy bien, vista la «calidad» de la ilustración, que se haya considerado necesario efectuar una edición en fotocopia y a un precio que, para expresarse con moderación, merece ser llamado «fenicio». Si algunas *láminas*, p. e. figs. 164 a 173, no se hubieran impreso nada se habría perdido pues poco puede aprenderse de un recuadro gris sobre papel blanco. El editor se excusa ya de tales deficiencias, suponiendo que la competencia del lector sabrá subsanarlas, en una especie de «folleto explicativo» que hace temer que el caso de este volumen es más lo habitual que lo excepcional.

Prácticamente el material reunido en este volumen es el de miss Blake *plus* el ostiense de Becatti. Dicho sea de pasada, el autor parece desconocer la existencia de mosaicos «en blanco y negro», con temas figurados, fuera de la Península Itálica. Mucho tiempo debió invertir en la redacción de su trabajo puesto que la bibliografía citada más recientemente corresponde a 1968.

Lo que se considera mayor aportación e interés de la obra es la distinción de «maestros y escuelas». Este es el estilo grato a algunos investigadores americanos hace tres decenios como sucedió con el estudio de Gabriel sobre los «maestros» de la pintura pompeyana (¡1952!) y seguido por algunos italianos, ajenos al estudio antiguo, como